



Discurso Acto de Toma de Posesión de Vicerrectores, Secretario General y Delegado de Identidad y Misión

Dr. D. Antonio Obregón García

Vicerrector saliente de Ordenación Académica y Profesorado

28 de septiembre de 2021

Discurso Acto de Toma de Posesión de Vicerrectores, Secretario General y Delegado de Identidad y Misión

Dr. D. Antonio Obregón García

Vicerrector saliente de Ordenación Académica y Profesorado



*Rector magnífico, dignísimas autoridades,
profesores e investigadores, alumnos y alumni,
personal de administración y servicios,
señoras y señores*

Cuando comencé en la gestión universitaria acababa de regresar de Alemania de estancia postdoctoral, y tuve que cambiar los marcos en pesetas; Dana International todavía no había vencido en Eurovisión; la mayoría de los alumnos que este año se van a graduar no había nacido; y los estudiantes y también muchos profesores de entonces carecían de correo electrónico institucional, por lo que toda comunicación entre ellos, literalmente, era telefónica o, sobre todo, presencial (presencial física). Los años que he ejercido como Vicerrector son los mismos que el límite máximo de la pena del delito de homicidio; y si unimos el período ininterrumpido de gestión como Jefe de Estudios, Decano y Vicerrector, coincidiría con el tiempo de castigo que lleva aparejado un asesinato, y además agravado. Menos mal que la entrada en vigor de la prisión permanente ha sido reciente y no se puede aplicar retroactivamente.

Con esta introducción, más propia de los jubilados en el acto de celebración del día de la Comunidad Universitaria, tan sólo quiero expresar que hoy para mí no es un día especial, como exclamaba Raphael (¡aunque ojalá que sea una gran noche!), sino en realidad completamente natural, y que lo hubiera sido también si hubiera tenido lugar mucho antes: no es más

que la salida de la situación de provisionalidad que para un profesor representa ocupar un cargo en la Universidad. Con esa sensación de provisionalidad he vivido los puestos que he mencionado, y a lo mejor por eso, como ha sucedido con varias leyes provisionales en España, he permanecido tanto tiempo en ellos. Y con ese mismo sentimiento abordaré los nuevos proyectos de gestión encomendados, como el de Gastronomía con INEA y Vocento, que ojalá en el futuro culmine con éxito.

No es momento de repasar lo hecho, sino de repensar (y “repensarse”). Tampoco de recordar, por más que se agolpen los acontecimientos que, al final de una fase tan prolongada, se atraviesan por el corazón. Pero sí, creo, es pertinente declarar aquello a lo que me gustaría que se asociase mi paso por el Vicerrectorado de Ordenación Académica y Profesorado, más aún es un acto de entrada en cargo de nuevos vicerrectores, es decir, de relevo, de entrega del testigo, de *traditio*, de continuidad en la tradición. Un Vicerrectorado que han ocupado anteriormente José Joaquín Alemany, de Teología; Antonio Arenas, de ICAI; Belén Urosa de Ciencias Humanas y Sociales; y que ahora se extingue como tal, porque sus funciones se dividen entre varios Vicerrectorados, pero principalmente se transforma en el que va a liderar la profesora Paloma Bilbao, de CC.EE. y EE. Me parece un signo digno de resaltar que de la dirección de las tareas académicas vayan a participar en esta historia profesores procedentes prácticamente de todos los centros de la Universidad. Y, en este sentido, ojalá que se pueda percibir

que uno de los afanes más intensos de mi quehacer ha sido precisamente promover la interrelación fehaciente entre todos los centros, tanto profesional como sentimentalmente, agitando la bandera de la unidad en la diversidad.

Como en la canción de Salvador Sobral ganadora de Eurovisión en 2017, “se um dia alguém perguntar por mim, diz que vivi pra te amar”. Es decir, si alguien se acuerda de mí en este ciclo transcurrido en la Universidad, que sea por haber integrado los ejemplos que he recibido de amor hacia la obra de la Compañía de Jesús, por haber cultivado esa aproximación amorosa en mi cometido y por haber tratado de difundirla y transmitirla. En mi caso, son varios los referentes que me han modelado, pero voy a destacar tres formas distintas de plasmarlo. En primer lugar, mi padre, antiguo alumno de(l) ICAI, quien revelaba esa especie de actitud reverencial hacia los jesuitas, propia de la primera mitad del pasado siglo, un amor en el que predominaba la admiración. En segundo término, la única pareja que tuve en mi vida, que fue estudiante del colegio del Recuerdo y cuya afinidad a lo jesuítico se encontraba más marcada por la acción social y pastoral, destilando un amor apasionado y colaborativo en este servicio prestado por la Compañía. Finalmente, mi añorado amigo, mejor amigo, Javier Ezquerro, quien fue también alumno del Recuerdo y de la Universidad, de acendrado sentido crítico, pero comprometido radicalmente con la misión de los jesuitas, por la que profesaba un profundo amor adulto. La síntesis procedente de estas tres fuentes de amor, la paternofilia, la

marital y la amical, me ha ido forjando en estos años; y me alegraría concebir que he sido capaz de contagiarla, aunque formulada de otra manera, en este caso como compañero.

Porque no es poco ser compañero. Compañeros son nada menos que las personas que, junto con otros iguales, conforman una comunidad, que corren una misma suerte, que se unen y ayudan entre sí para un fin o propósito común. Y, en este proceso amoroso que relataba, los compañeros de la Universidad, todos, profesores, personal de administración y servicios, alumnos, han sido para mí fuente de amor, que ha actualizado y revitalizado el que se me proporcionó previamente. Por todo ello, compañeros, gracias, muchas gracias a todos. No hay tiempo para atestiguar el agradecimiento que merecéis cada uno de forma peculiar. Procuraré hacerlo personalmente, con tranquilidad, en los próximos días y semanas. No obstante, dejadme que haga una brevísima (en tanto que mínima, injusta) mención a algunas de las personas que me han acompañado más cercanamente. Entre ellos, los miembros del consejo de dirección de las distintas etapas vividas; los decanos de todos estos años, así como sus equipos decanales; los profesores de todos los centros; los directores y profesores de los centros adscritos; los vicerrectores homólogos de las Universidades hermanas de UNIJES y ACM; los directores y los miembros de todos los servicios de la Universidad, y más en concreto los dependientes de VOAP, como la Unidad de Calidad y Prospectiva y la Oficina de Tratamiento de Datos; el director, Martin Beagles,

y los profesores del Instituto de Idiomas Modernos; a quienes forman parte de la secretaría del Rectorado, y, específicamente, a Amparo Romera, que me ha asistido más directamente. Y, dado que los últimos años han venido afectados por las heridas de la pandemia, debo detenerme un segundo para agradecer, no sólo su eficacia, sino su simpatía, a los compañeros que han conformado en este tiempo el equipo de apoyo a la docencia primero no presencial, después bimodal (y ahora esperemos que presencial): STIC, ICE y, por supuesto, a la UAID, con Susana García al frente. Iba a añadir a mi amante de todos estos años, la ANECA, pero los gozos que produce no compensan las aflicciones y desvelos que acarrea, y resulta, sinceramente, un alivio poder separarme, por fin, de ella.

En todos los discursos de entrada en cargo de decano y de vicerrector entoné, quizás atolondradamente, la canción convertida en himno *I will survive*. Si hoy puedo seguir invocándolo, mesuradamente, es gracias también a muchas personas que han allanado el camino para sobreponerme a desalientos, enojos y fatigas, porque de todo ha habido. Entre ellas, quiero hacer una especial alusión a Ana García-Mina, una excelente compañera en el sentido ya indicado, pero también una amiga por vocación, que en ocasiones ha tenido que exhibir sus dotes de terapeuta; a José Manuel Sáenz Rotko, quien, aun cuando solo ha estado unos meses como Adjunto al Vicerrectorado, lo ha sido en una época de tal agotamiento que su criterio, ayuda, cariño y aptitud lo han hecho acreedor

de la mayor de las confianzas; y a Javier Gómez Lanz, mi jefe más directo como Director de Departamento, quien en todos estos años ha prodigado generosidad por doquier, a profesores y a estudiantes, desprendimiento que he sentido extraordinariamente, pues ha distraído tiempo de sus seres más queridos, su mujer y sus maravillosas cuatro hijas, para hacerme, de verdad, la vida más fácil; si el cuidado de las personas está encarnado, tiene rostro de Javier Gómez Lanz.

Por supuesto, no me olvido de los Rectores que me nombraron y con los que he trabajado denodadamente. A Manolo Gallego y a José Ramón Busto ya tuve ocasión de expresar mi agradecimiento y admiración, que ahora reitero. No he tenido aún oportunidad de manifestarlo públicamente a Julio Martínez, SJ, de quien he sido colaborador más de nueve años. En su toma de posesión el nuevo Rector, así como el Provincial y el Arzobispo de Madrid, le dedicaron palabras de elogio y reconocimiento que únicamente puedo suscribir y corroborar, como testigo privilegiado del trabajo de un hombre que se ha gastado y desgastado, aspirando a lo máximo y atendiendo también a lo sencillo, en pro de la solidez de la Universidad y de la misión de la Compañía de Jesús y de la acción salvífica de la Iglesia.

En su despedida, Julio Martínez comentó que yo estaba siempre disponible y siempre me daba al máximo. Le movía, sin duda, el afecto. Pero latía también su proverbial exigencia, porque el adverbio “siempre” lo es y mucho: “siempre” es “siempre”.

Rector Magnífico, querido Quique; Sr. Decano, querido Abel: me tenéis, siempre, a vuestra disposición, es decir, allí donde queráis disponer, como espero hayáis podido comprobar en estos meses en que he trabajado con vosotros, y con la determinación de que lo sigáis verificando en el futuro. Así será siempre, porque, como en su día señalé a Manolo Gallego cuando me nombró Decano, no soy persona acomodaticia, pero tampoco incómoda. Os deseo lo mejor a vosotros y a vuestros respectivos equipos, y especialmente a todos aquellos que hoy entran en cargo.

Llego al final. Antes me acordaba del *I will survive* de Gloria Gaynor. Creo que es un himno divino; en varias acepciones, pero también porque nos recuerda la ligazón entre vida y amor, y para un creyente la fuente de amor como motor de nuestra vida no es otra que Dios, que imprimió a nuestra libertad la capacidad de amar. Esa fuente de vida me llegó a través de mi madre, que murió poco antes de que empezase todos estos años de gestión, y ha sido reavivado desde entonces por el resto de mi familia (hermanas, cuñados, sobrinos...). Por misterios que solo a Dios conciernen no he podido fundar una familia propia, pero los que me quieren a buen seguro que hoy desean que recupere los sueños de cielos azules y vida pacífica que otra canción *retro* resume acabadamente, como es la de *Go West*, tanto en su versión lúdica y pachanguera de los Village People, como en la más refinada y melancólica de los PSB. Como nos advertía Gil de Biedma, *que la vida iba en serio uno lo empieza a comprender más tarde*; pero ilusionémonos con que aún no sea

demasiado tarde. Para ello es preciso, como en los poemas de Kavafis, que Antonio diga *adiós a la Alejandría que se aleja*, y sea consciente de que *los días del futuro están delante de nosotros como una hilera de velas encendidas*; en la esperanza de que se cumpla el anuncio del profeta Isaías, por el que las velas, aunque titilen, no se apagarán. Al menos ese es mi anhelo, fundado en el hecho de que cuento con la mediación de todos aquellos amigos que quieran, queráis, mantener el pábilo no humeante sino encendido, sin más pretensión que poder seguir amando, ya que, como afirmaba Cernuda, *no es el amor quien muere; porque sólo vive quien mira siempre ante sí los ojos de su aurora*.

Muchas gracias.



Acto de Toma de Posesión
de Vicerrectores, Secretario General
y Delegado de Identidad y Misión

28 de septiembre de 2021 | Alberto Aguilera, 23 | Madrid

